

LOS LIBROS DE TEXTO GRATUITOS Y MI INTEGRACIÓN PERSONAL

RAÚL ÁVILA

*Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios
El Colegio de México*

En memoria de Armida y Luis.

Después de los sesenta todos somos historiadores.

LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ

Para empezar con la historia, conviene recordar en un solo párrafo que los libros de texto gratuitos de español (LTGE) ya van —iban, digo ahora— en la sexta o séptima generación, nombre con el que me referiré a cada una de las ediciones con múltiples reediciones que han aparecido hasta el momento. La primera se editó en el sexenio de 1958 a 1964; la segunda empezó a distribuirse en 1972; y la tercera, en 1980, año en que se entregaron a las escuelas los libros integrados de primero de primaria (Ávila 1991b).

Yo había sido coautor de los LTGE de la segunda generación y había hecho en equipo textos para secundaria. Por eso, cuando en octubre de 1978 el secretario de Educación Pública, Fernando Solana, me invitó a encargarme como editor responsable o coordinador general de los textos de español de la tercera generación, pensé —ingenuamente, diría ahora— que mi experiencia sería suficiente para aceptar la responsabilidad. Así que le dije: “Ya sé lo que se siente cuando una *errata* se repite en millones de ejemplares. He sobrevivido a ese estigma y, si usted puede tolerar mis errores, acepto”. Así empezó todo.

Y ahora, un recuerdo, quisiera volver “al Fuego...” 930, dirección donde en 1970 nos convocó Gloria Ruiz de Bravo Ahuja, esposa del secre-

tario de Educación, Víctor, de los mismos apellidos tras los de Ruiz, para que un grupo de ingenuos —casi todos— pero audaces —todos— hiciéramos equipo y redactáramos el área de español de los nuevos LTGE de la reforma educativa. En esas reuniones, donde servían canapés secretariales, estábamos buena parte de los futuros participantes¹. Además, había revisores muy calificados y temidos, así como diseñadores e ilustradores de los que seguramente han visto por ahí.

En esa ocasión todo resultó relativamente fácil para mí, pues tenía a mi lado como apoyo a la muy decidida esposa del ya mencionado secretario, y como ángel protector nada menos que al subsecretario número uno, el planeador Roger Díaz de Cossío. Entre el planeador y Gloria —supongo que la selección fue compartida— decidieron que nos mudáramos a la avenida Masaryk, a uno de los edificios de la SEP que está en la esquina de esa calle con Edgar Allan Poe, quien seguramente habría descrito más adecuadamente que yo nuestra situación. Desde entonces, y hasta la tercera generación, de la que hablaré más adelante, nos llamaron “los masarikos”.

En la segunda generación de textos a la que me estoy refiriendo —la primera fue la de los libros de “La Patria” representado por la pintura de González Camarena— hubo algunas sorpresas que no se esperaban los maestros. Una de ellas fue precisamente el *Auxiliar didáctico* (SEP 1972a) de español que se redactó para los seis grados de primaria y que sustituyó al franciscano folletito que antes se usaba. El nuevo, todo muy actualizado por objetivos, pero con una redacción que considero legible —no lo escribí yo—, mencionaba, entre muchas otras cosas, la importancia piagetiana y vygotskiana del lenguaje en el desarrollo de los ya no tan bebés. Se decía —y lo quiero destacar ahora— que,

en cuanto al lenguaje, tenemos una enorme inseguridad [...] ¿Por qué no podemos, simplemente, *hablar*, dejar que fluyan espontáneas las palabras siempre que tengamos algo que decir, y sin importar ante quién y de qué habla-

¹ Entre ellos, María Paz Berruecos, Elisa González, Graciela González de Tapia, Elizabeth Velázquez, Margit Frenk, Beatriz Garza Cuarón y la ya mencionada Gloria Bravo Ahuja. Colaboraban en la redacción Antonio Alatorre, Armida de la Vara, esposa de Luis González, el historiador del epígrafe que abre este trabajo, y Oralia Rodríguez.

mos? ¿Y por qué al escribir no podemos, simplemente, dejar que esas palabras espontáneas pasen por la pluma? No podemos porque nos han y nos hemos impuesto una serie de trabas [...] (*ibid.*, p. 10).

En esa época descubrimos que leer es comprender y no pronunciar sólo como reconocimiento de voz tipo teléfono celular, modelo reciente. Por eso nos lanzamos a encuestar infantes en todo el país. La idea era basar el llamado Método global de análisis estructural de lectura en las palabras de los niños. El plan consistía en que primero aprendieran a leer, y después aprendieran nuevas palabras por medio de la lectura. Además insistimos —acompañados por maestros en ejercicio, psicólogos educantes, pedagogos e incluso neurólogos hispanos, y angloescribientes— en que era necesario usar un solo tipo de letra en las primeras etapas. Recordemos que antes se enseñaban cuatro tipos: mayúsculas y minúsculas, manuscritas y *script*. Nosotros propusimos que se usaran, para empezar, sólo minúsculas. Utilizamos la llamada letra de molde o de imprenta, pues —para no exagerar— 99.9% de los textos que leían los niños estaban en ese tipo de letra. Si se hubiera enseñado la manuscrita, los habríamos puesto en una situación equivalente a la de escuchar —leer— en español y hablar —escribir— en francés, o por lo menos en portugués. La única objeción sería que recibimos fue la de que los niños ya no entendían las cartas de sus abuelitas. Mi respuesta fue que tampoco entendía yo mismo las cartas de mi mujer, y que por eso me había tardado tanto para darme cuenta de que sí me había dado el sí.

Tengo que decir que, tras los primeros cuatro gratos años de español en la primaria, en el quinto y sexto los lingüistas nos despachamos con los que el tolerante Díaz de Cossío llamó *mamemas*: nuestros queridos lexe-mas, gramemas y otros elementos de la lingüística estructural. Todos estaban explicados en un folletito, “Elementos de lingüística”, incluido en el *Auxiliar didáctico* (*ibid.*, pp. 219-253). En el índice de los “Elementos” se puede constatar que no pasaban de cuatro o cinco *mamemas* nuevos. Eso sí: no lamento que hayamos mantenido en los libros para los maestros algunos conceptos de fonología que permitían claramente discutir no sólo los problemas ortográficos sino incluso las normas académicas anteriores a la mitad del siglo XIX. En eso estuvimos al lado de Bello y Sarmiento cuando discutían en Santiago de Chile por la misma época el mismo tema. Y pos-

teriormente, como muchos saben, nos apoyó el mismísimo ángel Gabriel [García Márquez] en 1998 en eso de jubilar a la ortografía, cuando en el Primer Congreso de la Lengua Española en Zacatecas lanzó una “Botella al mar para el dios de las palabras” (García Márquez 1998).

El mismo Díaz de Cossío que habló de los *mamemas* tuvo que aguantar los embates de la Gloria [Bravo Ahuja] de la educación. Como ella era de nuestro equipo —pues había uno por cada área— nosotros no teníamos inconveniente en apoyar los reclamos de la esposa del secretario. El mencionado Roger se enteró, según me dijo, de que hubo algunos intentos de asesinato por estrangulación entre los masarikos más apasionados (conozco los nombres, pero los callaré en esta ocasión).

Terminada la tarea de redactar los nuevos libros de primero a sexto², volvimos —los que estábamos en el inventario de la institución— al Colegio de México, alrededor de 1976, a meditar profundamente sobre nuestro destino y a reanudar nuestras investigaciones.

En lo que a mí respecta, el gusto me duró poco, pues unos veinticuatro meses después, en 1978, el secretario de Educación, Fernando Solana, ya mencionado, me invitó a coordinar los nuevos LTGE. Le sugirieron mi nombre, según me consta, por lo menos dos apreciables amigos: Roger Díaz de Cossío, el subsecretario tolerante, que ahora lo era de cultura —“esa melodía es de la quinta de Tchaikovski, querido amigo”— y la lírica Margit Frenk —“esa copla ya está en el *Cancionero*”, me decían, algún día. El secretario me recibió en la oficina que yo había conocido en la etapa anterior: con tele y todo, más un espacio bolivariano de un montón de metros de largo por otros, aunque menos de ancho. Me condujo a ese salón de baile y me pidió que me sentara en una silla de una mesa descomunal. Allí, después de preguntarme cuántos años tenía, me dijo que si estaba dispuesto a dirigir los nuevos LTGE. Le respondí que sí. Unos días después, tras meditarlo, me puso una espada sobre el hombro derecho y me nombró caballero coordinador general cuando bajábamos por un elevador del edificio de Córdoba 23, donde estaban sus oficinas y las nuestras.

² En la bibliografía ofrezco las fichas completas de los libros emanados de esta generación.

En ese momento empezó mi desintegración. Resulta que mis compañeras de la segunda generación sintieron que yo las estaba traicionando al haber aceptado el cargo ése sin su venia. Yo, en cambio, pensaba que con mi presencia se aseguraba la continuidad de las ideas del grupo anterior. En fin, el hecho es que, tras la breve y oscura estancia en la calle de Córdoba, volvimos a Masaryk, pero ya no esquina con Edgar Allan Poe, sino más cerca de Mariano Escobedo, donde nos ubicamos en una casa que ahora apenas se reconoce pues, de tan elegante que se ha vuelto la zona, se transformó en una tienda muy *chic*, como decíamos los afrancesados, o *nice*, como se prefiere decir ahora. En realidad, Poe nunca nos abandonó del todo, pues a su esquina regresamos al final, y las historias que allí surgieron seguramente le habrían inspirado nuevos relatos. El subsecretario tolerante nos dijo que, como en la generación anterior, tendríamos que llegar al nivel del asesinato para que salieran bien los libros, y acertó de nuevo (y de nuevo omitiré los nombres).

Así empezamos a redactar la tercera generación de los LTGE, la de los integrados, porque pusimos en un solo libro todas las materias, como correspondía a la enseñanza que daban los maestros en los grupos de primaria, tal como era antes de que llegaran los filósofos a separar y a analizarlo todo. Allí recibimos el apoyo del subsecretario, quien nos aconsejaba, pero sobre todo de otro planeador, Emilio Rosenblueth, quien se apoyaba en un planeador de nivel más cercano al piso: Miguel Alonso, más bajito de estatura que Emilio, a quien era difícil igualar en eso. Todo empezó con...

MI LIBRO DE PRIMERO,

cuyo primer ejemplar experimental de ejercicios se editó en 1979 (SEP 1980b). En la ya famosa Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (Conaliteg) (sigla que, por cierto, sigue sin gustarme) reinaba nada menos que Agustín Yáñez, quien murió pocos meses después de renunciar y ceder el paso a Enrique González Pedrero. Gracias a este último y a su productor y promotor de minutas, Roberto Salcedo Aquino, pudieron salir los libros a tiempo. Por esos días empezamos el recorrido de los "caminitos" (SEP 1980b, pp. 30, 44, 54) que pintó Leonel Maciel, quien al

paso de las hojas los fue simplificando, de forma tal que al final ya podía seguirlos incluso yo. Maciel, hizo un buen número de ilustraciones, como la de “El papá y el niño campesinos” (SEP 1982c, pp. 252, 293, 342) la de “Los tomates” (*ibid.*, p. 141) que parecían joyas; y la de “Algunos animales y plantas viven dentro del agua” (*ibid.*, pp. 160-161). Esta pintura, por cierto, no les gustó a los pedagogos, porque estaban juntos tiburones y otros peces que no se llevaban necesariamente bien. En “El nevero”, también de Maciel, aparece el siguiente texto, bajo la ilustración de la “Nevería El Naranjito”: “Nabor es nevero. Hace nieves de sabores. Los niños llegan a la nevería. ¡Una de limón! ¡Una de naranja! ¡Qué ricas son las nieves de Nabor!” (SEP 1981c, p. 176).

Como se ve, en la presentación de la letra *n* superamos, aunque haya sido por poquito, lo de “Ese oso se aseá” y “Mi mamá me mima”, método con el que aprendió Mafalda y que le hizo descubrir que “ni a Johnson lo mima su mamá, ni Fidel Castro aseá su moño”.

Y como ya sabíamos que los niños no sabían escribir, pero sí recortar, pues añadimos hojas recortables desde la edición experimental. El primer diseñador con el que contamos —función que después cambió de nombre a “Dirección Artística”—, fue un viejo conocido: Adolfo Falcón, que usaba los dedos como brochas para pegar con engrudo algunas de las páginas. Dado que se le empezó a agrietar la piel de las manos, Adolfo renunció pronto. El nuevo director artístico, a partir de 1980, fue el muy francés Jacques Rutten, quien tomaba los negativos con sus guantes blancos y guardaba celosamente las diapositivas en sobrecitos transparentes que compramos en La Merced. Rutten resistió lo suficiente para terminar la primera parte de *Mi libro de primero*, con muchas fotos y mosaicos que hicieron los niños de Puebla en el estadio del Puebla, hasta donde llegaron dos helicópteros de los cuales colgaban los fotógrafos —la primera de las libélulas, demasiado grande, tuvo que regresar a su guarida—. El director artístico se inspiró en unas estelas mayas que fotografió en sus viajes de fin de semana a esa zona. Aparentemente contó con el apoyo del secretario de la SEP, según me dio a entender. Finalmente se imprimió la famosa portada, no sin que el francés se llevara una buena parte de mis fuerzas psicoeditoras.

Mis discusiones con Rutten fueron interminables. Sólo mencionaré dos: una fue la de “La familia”. Su propuesta era de una foto de una boda.

Le dije que no, que no todos los mexicanos se casaban para formar una familia. Me contestó que entonces yo sacara la foto. Lo hice, pero finalmente él puso la suya: la de una familia tan extensa que la habría rechazado inmediatamente el Consejo Nacional de Población (*ibid.*, p. 67). La otra, que hizo que se detuvieran las prensas de la Conaliteg, fue a propósito del tema “Aprovechamos el agua y el viento”. La foto definitiva fue enviada desde un archivo de Nueva York —recordemos que apenas empezaban las computadoras y, por supuesto, la red no había acabado de tejerse—. Esa foto era de un yate velero que navegaba muy elegantemente y que, ciertamente, aprovechaba el agua y el viento. Pero sucede que en uno de sus mástiles ondeaba la bandera de Estados Unidos; en otro, la de Dinamarca, y en el tercero, una blanca. Le dije que no podía permitir que salieran esas banderas en los libros. Aceptó que se bloquearan —se rasparan o lo que fuera— para que desaparecieran los colores de las dos banderas. Así lo pedimos ante el jefe ordenador de minutas de la Conaliteg. Cuando regresamos, dos semanas después, seguían las banderas. Pregunté que por qué no las habían bloqueado. Me dijo el citado sub de producción que se haría. Y se apuntó en la minuta mi petición. Quince días después seguían las banderas. Pregunté de nuevo, leí la minuta e hice una corrección: no lo había pedido en la anterior, sino cuatro semanas antes, en la reunión anterior a la anterior, lo que se apuntó. Y qué bueno, pues unas semanas después fui a ver el primer tiraje, al pie de las prensas. ¡Allí estaban las malvadas banderas! Pedí que se detuvieran las prensas, lo que se hizo. Los encargados me dijeron que no me preocupara demasiado, pues cuando mucho se habrían impreso ¡unos cincuenta mil ejemplares! Naturalmente, me comuniqué con el secretario de la SEP y se lo conté, especialmente lo de las minutas donde se mostraba que no habían hecho caso de mi petición. Por supuesto, varios de esos 50 000 ejemplares llegaron a escuelas primarias donde me conocían. En el ejemplar 50 001, afortunadamente, ya salió el barco con banderas blancas (*ibid.*, p. 161). En fin, el francés fotógrafo nos dejó a la séptima renuncia, como había pronosticado el subsecretario consejero. Sin embargo, antes de abandonarnos me obligó a funcionar como “productor”: yo veía la escena por la cámara, aprobaba la toma, y a continuación los fotógrafos tomaban la foto. Para desquitarme, obligué al francés a que tomara fotos de mi compadre Julio con su nieta,

en una de las cuales, la que se imprimió en los libros, salió muy guapo. Al final, ya cansados los dos, no le quedó más remedio que darme la consagración como fotógrafo, pues incluyó una de las muchas fotos que tomé, ya que, como teníamos rollo libre, le dábamos gusto al dedo, como ahora se hace con las cámaras digitales.

Tras su séptima y definitiva renuncia, Rutten tuvo la gracia de dejar algunas páginas para su asistente, el también francés Bernard Perroud, a quien sustituyó poco después Ramiro Cardona Boldó. A partir de mi experiencia francesa empecé a aplicar reactivos ideológicos utilizando no sólo a los nuevos diseñadores, sino también a los fotógrafos y a los ilustradores. Algunos de ellos —como Arau, Boldó, Dzib, Dávalos, Naranjo, Maciel y Palomo— por supuesto, pasaron sin hacer examen, aunque insistieron en la prueba.

Como era de esperarse, en la experimentación también se hicieron

CONSULTAS A LOS MAESTROS

a los que se les enviaron gruesos libros que difícilmente se comprenderían en un posgrado. En el volumen que se publicó en 1980 se explicaba que los libros para los niños estaban divididos en ocho unidades —una por mes—, cada una de las cuales incluía cuatro módulos —uno por semana (SEP 1981c, 1981d y 1982c, índices)—. De esta manera buscábamos ahorrarles trabajo a los maestros a cambio de que hicieran caso del *titipuchal* —de la gran cantidad— de verbos conductistas objetivistas blumianos que les incluimos en las actividades, antecedidos de la frase “Que el niño”, a la que seguían los muy conjugados *dialogue, escuche, dibuje, observe, distinga, rasgue, toque, experimente, estire, ejecute, realice, adopte, atienda, forme, inicie, siga, posibilite, recuerde, respire, se relaje* [...] y muchos más.

Tras la consulta —en la que participó muy activamente el presidente Pescador de la extinta Comisión Nacional Técnica de la Educación— se publicó, en el mismo año, el *Libro para el maestro, primer grado*, con 412 páginas numeradas más un apéndice de otras 33 (SEP 1980a), más que lo maestros debían recortar y pegar —lo que, afortunadamente, habían aprendido con los niños— en alguna pared. Por supuesto, se mantuvieron los

objetivos generales, los contenidos, los objetivos específicos y las actividades que se sugerían “para lograr los objetivos propuestos” con los verbos activistas que tomaron la palabra desde la edición experimental.

Este libro mereció una segunda edición (SEP 1981a) de sólo 381 páginas. Entre los redactores estaban, en riguroso orden aleatorio de apellidos, Jaime Labastida, Margit Frenk, Héctor Muñoz, Tatiana Valdés, Luz Elena Díaz de León, Aralia López, Sara Poot y muchos más. Se puede entender fácilmente ahora por qué nunca nos faltó el verbo: todos aprendieron a escribir desde chiquitos, y nunca pararon de hacerlo.

En cuanto a los responsables de los textos para los niños, en *Mi libro de primero* y en *Mi libro de segundo* (ambos de 1981) —al que me referiré *al ratito*— participaron varios de los autores de la segunda generación, como Graciela González de Tapia, Elisa González, Teresa Garduño, o sea, de la más pura escuela activa; más Miguel Ángel Curiel, de la más pura matemática. La selección de lecturas fue hecha por Sara Poot Herrera, Tatiana Valdés y Magdalena Navarrete. La producción estuvo a cargo de Federico García Sánchez, “un imprentero viejo”, como él se decía, que me invitaba a comer a su casa y me relajaba con una copita de coñac antes de que regresáramos por los rumbos de Masaryk.

Entre los ilustradores se encontraban Sergio Arau, Jordi Boldó, Carlos Palleiro y muchos más. Eso se puede ver en los créditos de los libros, o en la nota 2, más abajo.

Como aprobamos el primer grado, aunque haya sido *de panzazo* —o sea, por poquito—

NOS INTEGRAMOS AÚN MÁS EN EL SEGUNDO,

que iniciamos, de nuevo, con una edición experimental en dos partes (SEP 1980b). En ésta aparecían ya las coloridas ilustraciones, probablemente inspiradas en algunos alebrijes, de Carlos Palleiro, quien encabezaba a un equipo multinacional que dio ocasión para que algunos caricaturistas nos tacharan de poco nacionalistas, sospecha que había surgido desde el libro de primer grado, por cierto. Muchas de las ilustraciones palleirianas, dicho sea de paso, me siguen gustando, como las que aparecen en la página 81.

La edición definitiva de segundo³ se dividió en dos partes (SEP 1981e y 1982d), en parte por los problemas de edición, en parte por los de la experimentación y en parte por los de distribución (1ª parte 1981, 2ª parte 1982). La primera parte salió apenas se había terminado la experimentación de la misma, en 1980. La segunda parte salió en 1982 precisamente porque su experimentación concluyó en 1981. A esta edición —ya no experimental, por cierto—, le agregamos un tercer volumen, de lecturas⁴, que incluía autores tan afamados como Federico García Lorca (“el lagarto está llorando / la lagarta está llorando / El lagarto y la lagarta / con delantalitos blancos”, SEP 1981f, p. 14) y Nezahualcóyotl (“Amo el canto siempre nuevo / del ceniztle [...]”, *ibid.*, p. 80), Alfonso Reyes y Carlos Pellicer.

Por supuesto, incluimos cultura de la buena: calaveras (“Ahí viene el agua / por la ladera / y se me moja / mi calavera” *ibid.*, p. 45), adivinanzas (“Soy más alto que un pino / y peso menos que un comino”: *el humo*, *ibid.*, p. 56), refranes, algunos de ellos muy actuales (“De golosos y tragones / están llenos los panteones”, *ibid.*, p. 60) y trabalenguas (“Guerra tenía una parra / y Parra tenía una perra [...]” *ibid.*, p. 73).

Tampoco se nos olvidaron los juegos ecológicos (*ibid.*, pp. 408-409). Con ayuda de los dados, los niños aprendían que “es asunto de todos cuidar el agua, las plantas, los animales, el aire y la tierra en que vivimos”.

El libro de segundo contó también con su *Libro para el maestro* (SEP 1981b) compuesto de ocho unidades, cada una con cuatro módulos. Se experimentó en 1981 y se publicó en marzo de ese año. Pocos meses más tarde, en octubre, se imprimió el definitivo, con bastantes páginas pero con menos verbos activistas.

³ El diseño gráfico estuvo a cargo de Segundo Pérez. Además contábamos entre los ilustradores con Sergio Arau, Felipe Dávalos, Carlos Dzib, Odile Herrenschildt, José Palomo y Carlos Palleiro, a quien no hay que perderle la pista, pues por *ái crioque* —“por ahí creo que”, pa’ los que no entiendan el habla rural— sigue ilustrando portadas de discos y libros, y quien se encargó de la dirección artística del ya desintegrado libro *Español de tercero de primaria*.

⁴ Fueron seleccionadas (de nuevo en estricto orden alfabético) por Antonio Alatorre, Aralia López, Magdalena Navarrete, Sara Poot y Tatiana Valdés, que actualmente habría subido al segundo puesto en la secuencia alfabética, pues ahora usa su apellido de soltera: Bubnova, muy lectora de Bajtin, por cierto.

Según dijo el presidente educativo Pescador, los libros integrados han sido los más aceptados de toda la historia de los textos gratuitos. Ha de haber sido por lo de la consulta a los maestros y por lo de los materiales experimentales. Porque por lo de los verbos conductistas que tuvieron que aprender los maestros y los niños, lo dudo. En todo caso,

YA DESINTEGRADO, REENCONTRÉ MI CAMINO

en el libro de español de tercero (SEP 1982a y 1982b). Me acompañaron Armida de la Vara, la ya mencionada compañera durante toda la vida de González y González que puso al *Pueblo en vilo* (1968), y compañera nuestra en estos azares educativos librescos de texto desde la época de la segunda generación; Tatiana Valdés; Esther Jacob, cuentista de las buenas; Elsa Pallavicini, que regresó a sus “Gardeles” cerca del mercado del Abasto, ahora un centro comercial de Buenos Aires; Óscar Muñoz y Magdalena Mirus. Aunque sea como asesores, pero se mantuvieron, la activista Graciela González de Tapia; su hermana Elisa González; mi brillante y tempestuosa —aunque no conmigo— ya casi comadre María Paz Berruecos; y la eficientísima y también activista Teresa Garduño. Por cierto, para que no se crean que ya sabíamos escribir, tuvimos tres correctores de estilo: Gilberto Herrera, Rosario Lara y Aralia López, la de ritmo caribeño.

El libro de ejercicios, por supuesto, estaba lleno de ejercicios. Se trataba de que los niños hablaran y escribieran, y —si aún tenían tiempo— que escucharan y leyeran. Por eso se incluyó la lectura “El país de las bocas cerradas” —*Habladoritlán*, que pasó a llamarse *Callatitlán*— para que vieran lo feo que era eso de hablar y hablar y no escuchar. Como dice al final: “Todos volvieron a hablar y todos aprendieron a escuchar” (con ilustraciones de Tzib, SEP 1982a, p. 16). Veamos un ejemplo:

Los niños también aprendieron, suponemos, a encontrar la información condensada en los chistes, como cuando le preguntan a Lencho que qué está haciendo: “Le estoy escribiendo una carta a Inés” —contesta. “¡Pero si tú todavía no sabes escribir!” Y dice Lencho: “No le hace: Inés tampoco sabe leer” (*ibid.*, p. 50).

Y otro:

—Yo quería agarrar un ratón, pero no había queso en la casa. Entonces dibujé un pedazo de queso y lo puse en la ratonera.

—¿Y qué pasó?

—Que en la mañana encontré el dibujo de un ratón (*ibid.*, p. 54).

También les enseñamos crucigramas y les recordamos que las fiestas de los pueblos están llenas de mugidos, gritos, relinchos, canciones, ladridos, bailes y aplausos y corridos; y que se pueden comer tacos, quesadillas, tamales, tostadas, gorditas, flautas, tortas, enchiladas, buñuelos y pan de fiesta “para mi suegra”; y beber atole o café de olla.

Los alumnos se hicieron conscientes de los fonemas —únicos *mame-mas* del grado— y las letras, y de por qué tenían problemas ortográficos. También descubrieron los sinónimos geográficos —esos que no están en los libros— como *papalote*, *cometa*, *huila*; o *guajolote*, *pavo*, *cócono*; y aprendieron que en México se hablan varias lenguas. Así se iniciaron en el camino que los sacaba de la aldea local para llegar a la aldea mundial macluhania-na... y regresar a la aldea local después de dar la vuelta al ciberplaneta.

En cuanto a las lecturas, Octavio Paz se codeaba con Antonio Machado, Ermilo Abreu Gómez, Rosario Castellanos, Efraín Huerta, José Martí, García Lorca, Sabines, Nicolás Guillén, José Gorostiza, Juan Ramón Jiménez, Astrid Lindgren (promotora de la igualdad de sexos y de los derechos de los animales), Lope de Vega y un buen número de anónimos cuenteros, refraneros (“No hay milpa sin huitlacoche”), adivinadores populares (SEP 1982b, p. 15):

¡Epa, epa!

Me llevan al trote,
y en cada esquina
me dan un azote

y copleros didácticos:

Todos echan despedida,
pero como yo, ninguna,

una, dos, tres, cuatro, cinco,
 cinco, cuatro, tres, dos, una
 cuatro por siete veintiocho,
 tres por siete son veintiuna (*ibid.*, p. 110)

En el prólogo de ese libro se hablaba de la imaginación de los niños que, como la de los escritores, nunca se acaba. Y se hacían preguntas como: “¿Qué pasará si se casa una gallina con un gallo copetón? ¿Qué hizo una jirafa que quería tener un cuello más corto?, ¿Habría una escalera que sólo sirve para bajar? ¿Puede alguien tener dedos de luna?”, o “¿Cómo se inventa una palabra nueva?” Las respuestas, dice el prólogo, “están en este libro”.

Los problemas que no se notan y las consecuencias de todo esto,

PARA TERMINAR,

fueron, entre otros: el hecho de que cada página era no sólo un asunto pedagógico, sino también ideológico, político y cultural. Siempre nos preocupó el equilibrio de sexos —de géneros no, porque no hacíamos preguntas íntimas ni había estadísticas al respecto—. Un ejemplo de esto son las niñas, los niños y su porcentaje en los libros; admito que, según nuestras cuentas, ganaron los niños por 52 a 48. Para equilibrar el sesgo porcentual, las niñas ganaron el primer plano de la portada de segundo. En cuanto a labores, los dos hacían de todo y a veces las niñas eran —como es natural— más listas que los niños.

Pero no se trataba sólo de que escribiéramos para ellos. Queríamos que ellos también escribieran para nosotros. Por eso, con el apoyo del súper secretario, hicimos un concurso nacional de redacción, que terminó, para empezar, en un libro que editó la Conaliteg: *Así escriben los niños de México* (Ávila 1982). El libro, escrito y dibujado por niños, surgió de una muestra nacional de textos de alumnas y alumnos de tercero a sexto de todo tipo de escuelas: oficiales, particulares, estatales, federales, unitarias, completas, urbanas, rurales, de estratos bajo, medio y alto... ¡uff! Los textos fueron seleccionados al final por cuatro grupos de jurados, quienes escogieron

dos textos por cada grado y por cada estado. Por eso el libro representa lo mejor del país en cuanto a redacción creativa de los niños.

Por otra parte, tras analizar con ayuda de un programa de cómputo los textos de la muestra nacional se publicaron varios artículos sobre ortografía —¡Mueran las reglas! ¡Viva la calidad del texto! ¡Arriba García Márquez! (1998)—, otros sobre léxico, un diccionario infantil y otro para no tan niños⁵.

Por cierto, se me olvidaba decir que, al final, cuando se inició la etapa de las monografías estatales que coordinó el autor del epígrafe, volvimos a la esquina de Masaryk y Edgar Allan Poe, calle por donde caminábamos para transitar, finalmente, por los Campos Elíseos.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁVILA, RAÚL (coord.) 1982. *Así escriben los niños de México*. México: Comisión Nacional para la Defensa del Idioma Español, Subcomisión Editorial, Subcomisión de Educación.
- 1985a. “La enseñanza del español en los libros de texto gratuitos”, en *Lingüística y enseñanza de la lengua materna*. México: UNAM, pp. 25-36.
- 1985b. “El análisis de textos infantiles por computadora: resultados y posibilidades”, en *Actas, Segundo Congreso Internacional sobre Computadoras y Educación Infantil*. México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología-SEP-FAR.
- 1986a. “Léxico infantil de México: palabras, tipos, vocablos”, en *Actas del II Congreso Internacional sobre el español de América, ciudad de México, 27 al 31 de enero de 1986*. México: UNAM, pp. 510-517.
- 1986b. “Sólo para tus oídos: ejercicio de lectura en voz alta a propósito de una reforma de la ortografía española”, en Luis Fernando Lara y Felipe Garrido (eds.), *Escritura y alfabetización*. México: El Ermitaño, pp. 11-38.
- 1987. “Ortografía y estrato social: tercer grado de primaria”, en *Actas del VII Congreso de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina*. Santo Domingo, ALFAL, t. 1, pp. 483-525.

⁵ Algunos de ellos integrados en la bibliografía.

- 1989. “Las palabras de los niños: tercer grado de primaria”, en *Estudios sobre español de América y lingüística afroamericana: ponencias presentadas en el 45 Congreso Internacional de Americanistas, Bogotá, julio de 1985*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, pp. 19-39.
- 1991a. “Densidad léxica y adquisición de vocabulario: niños y adultos”, en César Hernández Alonso (ed.). *El español de América. Actas del III Congreso Internacional de El español de América, Valladolid, 3 a 9 de junio de 1989*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 621-630.
- 1991b. “Los libros de texto gratuitos: una experiencia personal, limitada y parcial”, en “Sábado”, *Uno más Uno*, 19 de octubre, p. 4.
- 1992a. “Diccionarios para niños: un problema de comunicación”, en Rebeca Barriga Villanueva y Josefina García Fajardo (eds.). *Reflexiones lingüísticas y literarias*, vol. 1. México: El Colegio de México, pp. 251-259.
- 1992b. “Ortografía española: estratificación social y alternativas”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XL, núm. 2, pp. 649-672.
- 1993. *Diccionario infantil ilustrado*. México: Trillas.
- 1997. “Lo que no saben los niños: léxico y grupos generacionales”, en Rebeca Barriga Villanueva y Pedro Martín Butragueño (eds.). *Varia lingüística y literaria*, 3 vols., vol. 1: *Lingüística*. México: El Colegio de México, pp. 493-510.
- GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL 1998. “Botella al mar para el dios de las palabras”, en *La lengua española y los medios de comunicación*. México: SEP-Instituto Cervantes-Siglo XXI, pp. 11-13.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, LUIS 1968. *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia*. México: El Colegio de México.
- SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA 1972a. *Español. Auxiliar didáctico para el primer grado*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: SEP.
- 1972b. *Español, primer grado*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: SEP. 2 tt.
- 1972c. *Español, segundo grado*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: SEP. 2 tt.
- 1972d. *Español, segundo grado: libro del maestro*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: SEP.
- 1972e. *Español, tercer grado: libro del maestro*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: SEP.
- 1972f. *Léxico infantil de México: recopilación preliminar*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: SEP-El Colegio de México.

- 1973a. *Español, cuarto grado*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: SEP.
- 1973b. *Español, tercer grado*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: SEP.
- 1974a. *Español, cuarto grado: libro del maestro*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: SEP.
- 1974b. *Español, quinto grado*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: SEP.
- 1974c. *Español, quinto grado: auxiliar didáctico*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: SEP.
- 1974d. *Español, sexto grado*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: SEP.
- 1975. *Español primer grado para la enseñanza media básica*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: Limusa.
- 1976a. *Español segundo grado para la enseñanza media básica*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: Limusa.
- 1976b. *Español sexto grado: libro para el maestro*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: SEP.
- 1977. *Español tercer grado para la enseñanza media básica*. Gloria Bravo Ahuja (coord.). México: Limusa.
- 1980a. *Libro para el maestro: primer grado*. Raúl Ávila (coord.). México: SEP.
- 1980b. *Mi libro de primero*. Raúl Ávila (coord.). México: SEP. [Edición experimental 1979.]
- 1981a. *Libro para el maestro: primer grado*. 2ª ed. Raúl Ávila (coord.). México: SEP.
- 1981b. *Libro para el maestro: segundo grado*. 2ª ed. Raúl Ávila (coord.). México: SEP.
- 1981c. *Mi libro de primero. Parte 1*. Raúl Ávila (coord.). México: SEP.
- 1981d. *Mi libro de primero. Parte 2*. Raúl Ávila (coord.). México: SEP.
- 1981e. *Mi libro de segundo: ejercicios. Parte 1*. Raúl Ávila (coord.). México: SEP.
- 1981f. *Mi libro de segundo: lecturas*. Raúl Ávila (coord.). México: SEP.
- 1982a. *Español tercer grado: ejercicios*. Raúl Ávila (coord.). México: SEP.
- 1982b. *Español tercer grado: lecturas*. Raúl Ávila (coord.). México: SEP.
- 1982c. *Mi libro de primero. Parte 2*. Raúl Ávila (coord.). México: SEP.
- 1982d. *Mi libro de segundo: ejercicios. Parte 2*. Raúl Ávila (coord.). México: SEP. [Edición experimental 1980-1981.]